



*Juan Ramón Jiménez (Retrato de Vázquez Díaz).*

reunión en su casa en la que esperaban la asistencia de los dos personajes, pero... «Ya lo habrá enterado Adolfo de la tristeza que produjo su ausencia la noche de Juan Ramón Jiménez. Conozco la de Juan Ramón pero me sé de memoria la mía y la de Oliverio —porque, además de su ausencia y del cariño con que lo esperábamos, existe un reborde de remordimiento por no haber organizado mejor su venida a la calle Suipacha—. Aunque parezca increíble contamos con un automóvil que se mueve con bastante tacto y hubiera sido tan fácil pasar a buscarlo media hora antes. (...) Juan Ramón postergó su regreso y se quedará en Buenos Aires hasta fin de septiembre o comienzos de octubre <sup>8</sup>. Si usted desea que arreglemos algo no tiene más que indicarle su horario a Adolfo» <sup>9</sup>.

Pero, si ese primer encuentro resultó frustrado, no así sucedió con otro en el mismo lugar. Macedonio, visiblemente emocionado, describía las impresiones que Juan Ramón le había causado a su amigo Gironde: «Le digo querido Oliverio que Juan Ramón (Jiménez), me encantó; lo he observado mucho cerca de mí una hora; infantilmente feliz, socarrón apacible retrucando a tantos que lo asediaban en un estado de beatitud y tal llaneza y cordialidad. Atendía a todo y yo creo que me oía y veía hablando con otros y él también con otros. Yo atendía continuamente y encantado a su esposa, una perla de la franqueza y honradez innata de la amistad española (Zenobia Camprubí). Me visitarán, me dijo afectuosa» <sup>10</sup>.

El conocimiento personal no hizo, pues, sino aumentar la admiración y el cariño de Macedonio por Juan Ramón; si ocurrió también al revés (afirmación que aventuramos), no lo sabemos por ningún testimonio escrito. Aunque aún podemos completar ese encuentro en la calle Suipacha con una carta de Norah Lange a Macedonio: «Nos alegramos de que le encantara Juan Ramón Jiménez. Pensamos que estuvieron poco tiempo juntos. Pensamos también que la tormenta excluyó a Molinari, Canal Feijóo, Zuccarini y otros, que no se atrevieron a soportarla, aunque no comprendo este miedo al agua (...). Gracias si lo pasó bien, gracias por haber asistido» <sup>11</sup>.

## Una carta sin desperdicio

Si alguna vez Macedonio y Juan Ramón desarrollaron una correspondencia es una incógnita y también resulta extraño que no lo hicieran dada la afición de uno y otro al arte epistolar. En todo caso, sólo tenemos noticia de una carta que en 1948 Macedonio envió a Juan Ramón <sup>12</sup>.

---

<sup>8</sup> La estancia de Juan Ramón se prolongaría hasta el 12 de noviembre.

<sup>9</sup> Carta a Macedonio de Norah Lange. FERNÁNDEZ, *op. cit.* (pág. 295).

<sup>10</sup> Carta de Macedonio a Oliverio Gironde. FERNÁNDEZ, *op. cit.* (pág. 44).

<sup>11</sup> Carta de Norah Lange a Macedonio. FERNÁNDEZ, *op. cit.* (pág. 296).

<sup>12</sup> No sería demasiado arriesgado pensar que es a ésta a la que se refiere cuando escribe a Norah Lange (v. n. 5). Puede probarlo también una frase de la carta de Macedonio a Juan Ramón: «... anteanoche cuando no pude llegar hasta usted por barbaridad de las circunstancias externas y de mis flaquezas.» Asimismo puede probarlo la fecha: 1948.

La carta de Macedonio a Juan Ramón puede encontrarse en FERNÁNDEZ, *op. cit.* (pág. 99).

Macedonio comienza agradeciéndole la «generosidad de sus alusiones públicas y escritas», desviando luego modestamente la atención a sí mismo: «La atribuyo (...) a un sentimiento y norma constante de *alentar*; más, en particular, alentar lo iberoamericano». Pero también: «A que usted ha hallado algo en mis páginas que mostraba un esfuerzo por pensar e intentar de un modo independiente, no imitador y subyugado.» Frases éstas que, conociendo el método de trabajo de Juan Ramón, y si exceptuamos el libro *Animal de fondo* por lo que ya dijimos, se le podría aplicar al escritor andaluz. Ambos buscaban en el infinito los límites de la belleza, la nada; aunque, como dice Macedonio, «esto es todo intentarlo, lograrlo nunca». Estética, pues, de los límites, confirmada con las palabras de Juan Ramón sobre Macedonio: «La emoción no se copia, y tú la amasaste con tu irte deshaciéndote»<sup>13</sup>.

Sin duda alguna, lo más interesante de la carta es el intento de explicar la poesía de Juan Ramón que hace Macedonio. La técnica del de Moguer no tiene precedente («*novísima*») y al ver su obra piensa que tendría que «empezar lo mío otra vez, pensar otra vez». A renglón seguido hace el argentino un ataque directo contra la musicalidad en la literatura, pero dice aspirar a algo de ella, aunque no ritmo ni sonoridad, elementos de los que, por otra parte, no carece en absoluto su poesía, su escritura. Dejémosle hablar una vez más: «La esencia de la música, además de la Inacepción —el no nombrar nada y el no representar, reproducir nada (literatura usual, pintura)— es la melodía, es decir no el grado *sensorial* sino la *emocionalidad* de las transiciones clausulares, de frase a frase. «Por tanto, Juan Ramón escribe con *movimientos* clausulares; no con acepciones, sino con actitudes, con incesante cambio de actitud, y el paso de una actitud a otra es lo único que llamaría yo Melodía; no interesa la actitud sino el cambio de actitud.»

Toda esta teoría se puede aplicar muy bien a la poesía de Juan Ramón y, es casi seguro, se sentiría muy de acuerdo al leerla; pero, aún más, Macedonio hace un resumen de su propia visión literaria y hasta vital... Nadie como él fue capaz de representar hasta tal punto sobre el papel esa llamada Inacepción a la que dice que llega Juan Ramón Jiménez.

Macedonio rechaza a continuación el burdo musicismo francés, el de Godoy en Cuba, y el de Poe «que no lo necesitaba», extendiéndose sobre las razones por las que Juan Ramón es «*novísimo*» y que se puede resumir así:

1. Durar sólo un instante en una actitud.
2. Considerar que las rosas, la tarde, el blanco, el murmurio, el arroyuelo, *no son acepciones sino lo que acompaña una transición latente*.

En ello cree ver Macedonio el secreto de la poesía juanramoniana, de su «encanto incomparable». Aboga, pues, por una literatura de tránsito constante, de movilidad casi etérea, de hechos y actitudes que aparecen y desaparecen sólo sugiriendo, mostrando en un raptó de incontenible luz.

A Macedonio debieron halagarle los elogios que Juan Ramón escribió sobre él, sobre todo si tenemos en cuenta la idea que tenía de su figura pública: «Conste que

---

<sup>13</sup> JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN: «Muerte es beldad: un hermoso poema de Macedonio Fernández». En *Política Poética*, Madrid, Alianza Editorial, 1982 (pág. 385).